

## El abandono y la esperanza

### Octavio Rodríguez Araujo

Víctor Flores Olea, *Tiempos de abandono y esperanza*, México, Siglo XXI, 2004.

**V**íctor Flores Olea se ha comprometido, una vez más, no sólo a explicar nuestro tiempo y denunciarlo, que es de suyo muy importante, fundamental, sino a proponer alternativas a las inercias que insistentemente se nos quieren imponer desde los altos mandos de la economía, la política, la cultura y los medios de información.

*Tiempos de abandono y esperanza* es un título más que afortunado. Es una síntesis de la situación en la que nos encontramos 80% de la humanidad y, a la vez, es un notable canto a la esperanza con el que Flores Olea nos dice que sí hay opciones, que no todo se perdió cuando unos cuantos se apoderaron –literalmente– del mundo, que el llamado fin de la historia es uno más de los mitos que los grupos dominantes han construido y que esa historia que quieren dar por muerta nos pertenece si sabemos interpretar el signo de los tiempos y organizarnos para usarla en contra de quienes creen habérsela apropiado. Y de esto trata precisamente este libro, de la interpretación del mundo que vivimos, diferente en muchos sentidos al de hace treinta años y más, y de una propuesta que él, como otros autores también actuales, llama *democracia radical*.

Víctor, si interpreto bien, se inscribe en la corriente de la democracia radical sobre la que tengo algunas dudas, debo decirlo. Nos presenta a la democracia radical como una alternativa viable, posible y poderosa, para oponerse a la lógica de la ganancia de las corporaciones y de todo lo que ésta implica en términos de vida, de la vida del planeta y de nosotros mismos o, dicho de otra manera, en términos de *no* vida y de destrucción del planeta. Su punto de partida, que comparto, es que los cambios necesarios para un mundo mejor no sólo deben venir de la esfera de la política, “sea un partido, una clase privilegiada o el Estado”, sino también de la sociedad civil, entendida ésta, en sus propias palabras, como “una esfera autónoma respecto al Estado en la que se

subrayan las libertades de asociación, la conducta en común... un campo plural y de diversidad que escapa a los objetivos del Estado que pretende homogeneizar a la sociedad y configurarla a su imagen y semejanza”.

En este concepto de sociedad civil, por cierto, está implícita una crítica sutil pero firme a los países de pretendida orientación socialista que no permitieron ni permiten esa autonomía respecto del Estado de que habla Flores Olea. Y al hacer esta crítica, el autor nos propone una alternativa distinta: por un lado, un Estado “nuevo” que correctamente entrecomilla, un Estado abierto que *admite por principio la heterogeneidad social*, que dé cabida a los reclamos *diferentes* de la sociedad y que no se base en la *unicidad*, que es una fórmula de protección de las clases dominantes en el Estado capitalista y de las burocracias partidarias en los países llamados socialistas, sino en la pluralidad, el respeto a lo múltiple, el reflejo, en una pala-

bra, de lo que es y lo que significa la sociedad. Por otro lado, la alternativa que nos presenta el autor tiene que ver también con un socialismo distinto, nuevo, al parecer todavía no suficientemente teorizado, en el que los principios democráticos, más allá de lo que el pensamiento liberal ha entendido por éstos, sean plenos y no ajenos a toda la sociedad. Un socialismo cuyo marco sería la democracia radical, es decir, la democracia participativa “que considere como esencial la categoría de igualdad, no solamente ante la ley sino en el plano social, económico, cultural, como realización plena de la vida social e individual, colmada de oportunidades semejantes para todos”. La propuesta de Flores Olea, entonces, va más allá de la que nos hizo Herbert Marcuse en su tiempo, pues no sólo se plantea la emancipación del hombre por la vía de la transformación de la conciencia sino



también por su liberación en términos económicos, políticos y culturales, es decir, para usar los términos de Flores Olea, por la vía de la desestructuración de las relaciones de dominación, opresión y enajenación con las que tratan de sujetarnos los suprapoderes milita-



res y corporativos de las grandes burguesías en el mundo de hoy.

Su línea de pensamiento, en una sólida evolución de más de 40 años de trabajo intelectual, es la misma en términos de consistencia y por esto es que me parece que su concepto de sociedad civil es novedoso y sugerente como pocos de los que he leído, y un concepto que nos lleva necesariamente a preguntarnos si en los países de orientación socialista existe la sociedad civil así concebida. Me detendré en una parte del concepto ya enunciado, consciente de que lo que voy a decir puede sonar *políticamente incorrecto* y que probablemente el autor no coincida conmigo. Pero cuando leía *Tiempos de abandono y esperanza* apareció una nota del corresponsal de *La Jornada* en Cuba donde se menciona que un sector de intelectuales dentro del Partido Comunista de ese país, y que se considera de izquierda, ha estado debatiendo sobre el socialismo pasado, presente y futuro en el marco de la revista *Temas*. Sin embargo, uno de los problemas que ven en la actualidad es que lo que ellos discuten en *petit comité* no trasciende en el interior de su país, no tiene difusión, no baja, por decirlo así, a la población en general.

En estos debates el sociólogo cubano Aurelio Alonso, según la nota citada de *La Jornada*, estimó que “el socialismo en el siglo xxi hay que reinventarlo, con mucha imaginación, en el plano económico, pero también, y quizás sobre todo, en el político y en el cultural, ya que –continúa Alonso– parece obvio que en buena medida el fracaso se debió a la *incapacidad manifiesta para generar una democracia verdadera; no según los patrones*

*trillados, sino a partir de la configuración de un sistema que garantice la participación del pueblo en los procesos de decisiones, como conductores y no sólo como conducidos*”. Y éste es precisamente el razonamiento de Flores Olea a lo largo de varios de sus capítulos. Lo que está pendiente en Cuba, aunque ya hay conciencia de ello en algunos medios intelectuales, pocos todavía, es la recuperación de la sociedad civil como esfera autónoma del Estado en un esquema participativo.

La propuesta de Flores Olea, por otro lado y en referencia a las tareas de la nueva izquierda, no deja cabos sueltos, y en un notable párrafo que sintetiza un proyecto de lucha que no debe repetir los errores del pasado, los de la vieja izquierda, nos dice que esas tareas de la nueva izquierda “no significan el abandono de los principios democrático-liberales sino su profundización y ampliación hacia una democracia radical *incluyente* (cursivas mías). Y esencialmente participativa –añade–, en el sentido de que han de ser, en un horizonte posible, todos los sujetos sociales quienes tomen las decisiones relevantes, desde luego respecto a qué ha de ser producido y cómo ha de ser producido, y acerca de los medios de distribución de los productos.” Y aunque parece que aquí el autor se refiere a la producción de bienes materiales, pienso que su planteamiento se puede extender a los productos de la inteligencia y de la cultura, como más adelante lo dice al referirse a las comunidades indígenas y a uno de los significados de la lucha del EZLN.

Y en este capítulo, breve pero enorme, vuelve a subvertir lo que también podríamos calificar de *políticamente correcto* en los países de orientación socialista, en los del pasado y en los del presente. Cito: “Primordial esfuerzo de una izquierda moderna es precisamente el de articular la pluralidad de sujetos motor de las transformaciones. Y procurar que las reivindicaciones de *cada uno* se conviertan en reivindicaciones de *los demás*, de *todos* (cursivas de VFO), de

tal suerte que “el libre desarrollo de cada uno haga posible el libre desarrollo de todos”. Nótese aquí la diferencia con lo que se ha querido hacer en los países llamados socialistas, sobre todo en la antigua URSS, y en la tergiversación perversa que de este principio de realización individual se ha querido hacer en la sociedad capitalista.

Nuestro autor, como he querido demostrar, se sale de los cánones establecidos y de los esquemas dogmáticos mal llamados también “ortodoxos” (diría Lukács), y como pensador libre e independiente que es, nos propone no sólo una idea de nueva izquierda sino una idea de lo que debería ser el socialismo por la vía de la democracia radical como estrategia. A riesgo de equivocarme, en su propuesta de democracia radical como estrategia nos está diciendo que *el fin de la lucha* (siempre vista como proceso inacabado y perfectible), *que sería un socialismo de nuevo tipo para la plena realización del ser humano, debe contener en la lucha misma sus ingredientes principales y no otros que estarían negando en el camino lo que al final se quiere construir*. En su capítulo sobre los nuevos movimientos sociales, el autor refiere su origen plural que deberá mantenerse pues es una condición de la democracia radical y el reverso de las diversas formas de totalitarismo, pues como bien apuntara Revelli, en el totalitarismo no cabe ninguna expresión plural, ni siquiera las izquierdas ni las derechas, o son unas o son otras, pero no las dos.

Es probable que Víctor y yo tengamos algunos desacuerdos, pero al margen de esas posibles diferencias, el libro que comento es un texto lleno de sugerencias que invitan a leerlas con mucho cuidado y a pensar más allá de los textos sagrados. Los distintos ensayos que lo componen tienen un común denominador: la fotografía reiterada de un mundo imposible que nos asfixia y, a la vez, la propuesta también reiterada de que otro mundo es posible si nos empeñamos en cambiarlo.